

Coordina:
Eduardo G. RICO

Una esfinge cuyo misterio no
puede desvelarse

La rebelión contra la impotencia poética vino con el dadaísmo

Es el caso que todos los grandes poetas, tarde o temprano, han reflexionado sobre su oficio. «¿Quién podrá nunca —se lamentaba Dante en el "Infierno"— incluso con palabras libres de los embarazos de la poesía, y aunque regresase muchas veces, decir toda la sangre y las llagas que vi entonces?» El lamento es constante en los poetas conscientes de la limitación del verbo, de su incapacidad para recrear el mundo sensible. Walt Whitman abominaba de las «palabras librescas», rebelándose contra ellas: «Nada de palabras, pues si escucháis y miráis/mi canto está allí, a pleno cielo, y yo debo cantar/con la bandera y el pendón que restallan».

La rebelión contra la impotencia del poeta para obtener un lenguaje fiel a sus sentimientos vino de la mano del dadaísmo: «Mettez tous les mots dans un chapeau —recomendaba Tristán Tzara— tirez au sort, voilà le poème dada». Escritura al azar, construida con la chamba de ir sacando de un sombrero tiritas con palabras escritas, como quien saca números de la lotería. ¿Será la poesía nada más que azar y riesgo? La escritura fortuita del dadaísmo la transformó el surrealismo en escritura automática. Experiencias efímeras que, sin embargo, produjeron consecuencias incalculables, ya que la vanguardia de comienzos de nuestro siglo es, todavía, la savia que nutre el arte de los días presentes. Aunque muchos poetas clasificados de surrealistas aseguren ahora que jamás practicaron la escritura automática. No hace mucho se lo he oído afirmar a Rafael Alberti en la televisión, entrevistado por Fanny Rubio. Ni escritura automática ni escritura onírica, decía. Pero en su aplomo al decirlo, ¿no había como un remotísimo y secreto desmentimiento? La temeraria tentativa de conocimiento poético del mundo emprendida por los románticos alemanes y continuada por los surrealistas franceses pretende, ni más ni menos, desvelar el misterio. Una ambición imposible de alcanzar, porque va contra la propia naturaleza de la esfinge. «Ce qui a été compris, n'existe plus», ha dicho Paul Eluard. Lo que se ha comprendido, ya no existe. Comprender es asesinar el misterio. Los racionalistas deberían tener esto muy en cuenta, pues de un momento a otro van a convertirse en asesinos. Sobre todo, los fabricantes de tesis y tesinas, a quienes hay que denunciar urgentemente como poéticas. Para que la poesía continúe existiendo, hay que renunciar a comprenderla. Para que el misterio perdure y nos hechice, renunciemos a desvelarlo.

El hombre, sin embargo, el poeta, a pesar de eso, lucha y pugna por descubrir la faz de la esfinge. Con la agravante que quiere, además, describirla con palabras. Y por ello, a veces, podemos oír diálogos como el que mantenían no hace mucho dos poetas en el aeropuerto de Berlín oriental, durante una escala técnica:

—¿Qué es poesía? —preguntaba uno.
—Un avión que huye —le respondió su compañero—
mientras te quedas en el aeropuerto habiéndolo perdido.

Recordé, al oírles, que, muchos años atrás, había oído un diálogo parecido entre cazadores de mariposas:

—¿Qué es poesía?
—Una mariposa a la que no puedes atrapar.

La poesía sólo tiene un en ella misma, principio en ella misma (verso primero de «Le tombeau d'Edgar Poe», de Mallarmé). El poeta tan sólo puede aspirar a tener fin en sí mismo. Hölderlin, demente, poseído, endemoniado, sacudido por los vientos de la poesía, va a morir, a extinguirse, y es entonces cuando regresa a su principio: «Ser consumido en las llamas que no pudimos domar...». Claramente se aprecia que dejó de percibir el mundo y hubo de crearse otro mundo en la poesía. «Pues por donde pasan los seres puros, el espíritu se hace más visible...» Se ve que ambicionaba —desmesurada ambición— un destino más noble.

Pero... ¿no será que la poesía es innecesaria en nuestro tiempo, que exige otros medios de expresión? La expresión por la acción. Rimbaud, en Abisinia, escribe su más grande —y más indiscifrable— poema. Por lo menos, el más auténtico.

RICARDO BLASCO

Conversaciones con FERNANDA PIVANO



Alcohol, sexo y violencia, en Bukowski

● La italiana ha titulado el libro «Lo que más me gusta es rascarme los sobacos»

Ahora le ha tocado hablar a Charles Bukowski. El nuevo género se afianza: todos, por fortuna, están dispuestos a conversar. Es bueno confesarse para todos (lo inventaron los cristianos, lo siguió Freud) y es bueno también que se manifiesten, cuando su personalidad tiene significación importante. Ayuda a valorar más justamente lo que hacen. ¿Qué aportan las conversaciones entre Fernanda Pivano y Bukowski? Completar un perfil familiar en todos los undergrounds de Europa y América. Acabar el retrato de este personaje fabuloso, que se mueve en el horror del «lumpen», la violencia, el «drinking problem» y el erotismo sin contención.

Para Fernanda Pivano, que analiza el fenómeno Bukowski en un extenso estudio previo al largo diálogo con el autor («Lo que más me gusta es rascarme los sobacos», Ed. Anagrama), «alcohol, sexo y violencia que, junto a una desesperación sin límites, son los protagonistas de B.»

Bukowski es de origen europeo —nació en un lugar de Alemania en 1920—, pero él mismo se considera americano, pues vivió, me parece, en Los Angeles desde los dos años de edad. Pivano reconoce que siempre ha residido en un barrio de pésima reputación de la gran ciudad («orwelliana»). Bukowski es el gran provocador de la narrativa y la poesía del fin de siglo, un hombre que no teme definirse escandalizando: «No me gustan los buenos chicos de pelo corto, corbata y un buen empleo. Me gustan los hombres desesperados, los hombres con los dientes rotos

y el cerebro roto... Me interesan más los perversos que los santos. Con los vagabundos consigo relajarme porque yo también soy un vagabundo. No me gustan las leyes, la moral, las religiones, las reglas. No me gusta dejarme moldear por la sociedad.»

A pesar suyo, Bukowski es un hijo de su tiempo y acaso sea verdad que esté contribuyendo a crear una nueva sensibilidad. Aunque le haga ascos, está hundido hasta el cuello en esa sociedad que detesta. Lo desdefía todo. No quiere saber nada de política, no quiere comprometerse con nada. De mujer en

mujer y de copa en copa; también de verso en verso y de narración en narración. Inunda Bukowski las redacciones de las revistas con sus poemas, nada respetuosos con la métrica, desobediente a las preceptivas. Su biografía es una sucesión de empleos, de mujeres y de botellas. Pero los lectores de Bukowski conocen su capacidad para la ironía y para el humor. Hace gala de su ignorancia en materia intelectual, de su falta de lecturas, pero miente. Tras él está Henry Miller y, ¿por qué no?, también Hemingway. Del último tiene el rigor en la escritura; del primero, su afición

a las zonas sociales del «lumpen», el erotismo y la violencia. Sus libros han alcanzado extensa difusión y le han permitido salir de la pobreza. Se sirve de un falso cinismo para justificarse: dice que se dedica a escribir porque es la única manera de poder dormir hasta el mediodía, después de una borrachera. Piensa que es conocido en Europa más que en América porque «Europa lleva dos siglos de adelanto a los Estados Unidos». Le cuenta a la Pivano cómo se fraguó su nombre literario y confiesa que dedica el día a escribir y a ir a las carreras. Las mujeres, como el alcohol, están en el medio, al principio y al final.

¿Inaugura una nueva sensibilidad? Juzguen ustedes sus ideas sobre el mundo y los hombres a través de esta, digamos, agresiva conversación con Fernanda Pivano, que Joaquín Jordá acaba de traducir del italiano.

E. G. R.

Un camino de liberación

«PRIAPEAS», investigación poética de Figuero

¿ES la literatura, el arte de escribir, un camino, una voluntad o ya la entrada misma en la liberación, en un mundo sin normas convencionales, sin raíces distintas de las que sostienen el ser? Quizá se trate de ensayar el ingreso en ese mundo liberado. Así fue, al menos, el planteamiento de las vanguardias de este siglo, y así es la perspectiva elegida por algunos escritores de hoy.

Pienso que Javier Figuero se encuentra entre los que de este modo abordan la escritura, se proponen realizar su vo-

cación. Basta seguir sus libros —desde «Políticos con cara de foca» (Planeta) y sus trabajos periodísticos, para localizarlo en

tal empresa. Aparentemente asistimos a una operación de laboratorio, en la que se trabaja con el rico material de los medios de expresión. Pero la investigación que se desarrolla pertenece a otro orden, responde a valores diferentes. Se intenta organizar las palabras de manera que su función amplíe la revelación de lo

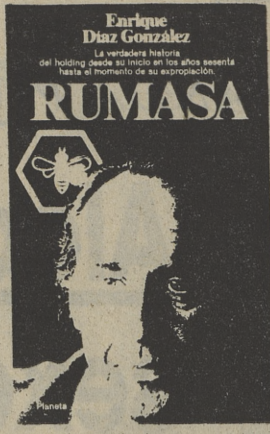
(Pasa a la página 4.)



LOS DIEZ MANDAMIENTOS

El escándalo del año

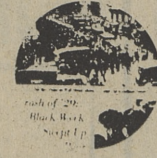
«Rumasa», de Enrique Díaz González. Editorial Planeta.



Si usted quiere saber qué ha pasado, qué pasa y qué pasará con Rumasa (holding) le resultará indispensable leerse el libro «Rumasa», que lleva la firma de Enrique Díaz González, prestigiosa firma economista que ha aparecido en los primeros periódicos del país, desde 1977. Tras ella, Enrique Badía y Liberal, tarraconense — que aquí escribió en otro tiempo —, Carlos Díaz Gúell, madrileño, y Fernando González Urbaneja, burgalés. Todos ellos con treinta y pocos años de edad, son especialistas en temas económicos y empresariales. No puede conocerse el «hecho» o el «caso» Rumasa sin conocer este voluminoso estudio que nada deja al margen: todo el proceso y su protagonista han sido investigados hasta los mínimos detalles. Este es el resultado de la investigación y del «affaire» mismo.

La gran depresión

«La crisis económica de 1929», de José Morilla Critz. Ediciones Pirámide.



La crisis económica de 1929

¿Qué lector de mediana cultura no ha leído cien veces comentarios sobre la crisis económica de 1929, sobre aquel «viernes negro» que hizo quebrar la Bolsa neoyorquina y puso a los millonarios a vender manzanas en la calle? El profesor José Morilla nos explica en este libro la gestación de esta gravísima crisis, resuelta luego en los años treinta por Roosevelt — crisis que llevó a muchos países al fascismo — y sobre todo por Keynes, al que el pasado año se ha rendido homenaje. El profesor Morilla, de la Universidad de Alcalá, estudia las crisis del fin del siglo XIX, y las producidas por la primera guerra mundial interpretando cuidadosamente los datos. En 1933 se puso orden en la economía internacional. Al cabo de cincuenta años padecemos otra gravísima crisis, aún más acentuada que la de 1929 y a la que no se encuentra salida.

Erotismo a la francesa

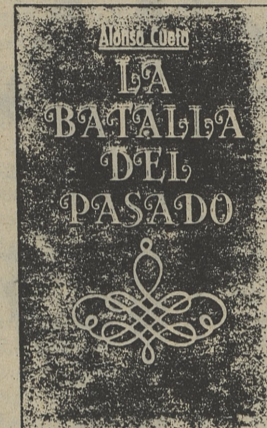
«La Ingenua libertina», de Colette. Plaza Janés.



La literatura francesa siempre ha ido por delante en el cultivo de ese género que igual puede ser denominado con el término que ella usa en esta obra, que más sencillamente como erotismo. Fueron famosos, e influyeron posteriormente no sólo en escritores galos sino entre otros muchos que siguieron como guía lo que se hizo en París desde el siglo XVIII, los libertinos de la centuria «de las luces». El erotismo volvió a brotar con fuerza en los primeros treinta años de nuestro siglo, paralelamente a las vanguardias. Colette, pienso, fue su más ilustre representante. «La ingenua libertina», que aparece ahora en versión española, es una buena muestra de su aportación. Nos llega en colección de bolsillo, fácilmente accesible. Hay que leer a Colette de nuevo, o releerla.

La continuación del «boom»

«La batalla del pasado», de Alonso Cueto. Editorial Alfaguara.



El «boom» no se quedó en sus cuatro primeros nombres. El «estallido» latinoamericano potenció continentalmente las vocaciones hacia la narración. De Lima es Alonso Cueto. Ahora trabaja en la Universidad de Austin, tras haber vivido, en calidad de becado, en España durante mucho tiempo. Naturalmente, nadie se atreverá a reunir todos los nombres del «boom» bajo el mismo denominador literario. Cada uno sigue su propio camino y en punto a estilo, a forma y a planteamiento no hay parentesco entre ellos. La editorial Alfaguara, que se ha lanzado a una aventura arriesgada bajo el lema de «Nueva ficción», publica ahora el libro de Cueto «La batalla del pasado», excelente muestra de la potencialidad expresiva, creadora e imaginativa de los nuevos escritores del otro lado del mar.

Un arte de moda

«La cocina espontánea», Girardet. Argos Vergara.



Arte de moda, en efecto, la gastronomía, no sólo en Europa, sino también aquí desde hace mucho tiempo. Basta recordar nombres como los de Manuel Vázquez Montalbán — por su práctica personal y por la práctica de los personajes de sus novelas —, Xabier Domingo y otros que rubrican secciones muy leídas en la Prensa. El libro que aquí figura hoy incluye las recetas originales de un gastrónomo-escritor, Girardet. En el preámbulo, Rafael Ansón justifica este arte, «cuando al comer y hacer el amor, por ejemplo, pasa del mundo del instinto al dominio del espíritu, de la sensibilidad y de la inteligencia. Cuando es capaz de convertir un acto fisiológico en un hecho cultural». Este aserto de Ansón es más que suficiente para justificar este recetario que lleva el nombre de «Cocina espontánea». Cocine usted bien y será más feliz.

Rompió el monolitismo

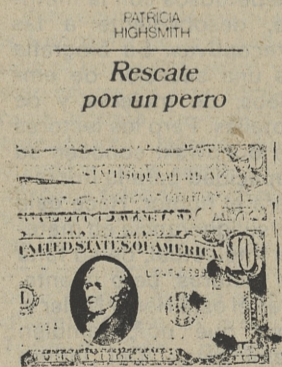
«La UMD: Militares rebeldes», de Francisco Caparrós. Argos Vergara.



La colección Primera Plana ha ampliado su temática, yéndose hacia zonas que no se tocaban habitualmente en una colección en la que predominan las «conversaciones» y que está alcanzando una gran difusión. En esta ocasión, Francisco Caparrós nos devuelve a la memoria un hecho: la rotura del monolitismo del Ejército, en época de Franco, por parte de un grupo de militares demócratas clandestinamente organizados. Caparrós es un joven periodista malagueño que empezó a escribir en el fenecido «Nuevo Diario» madrileño y fue luego delegado de Pyresa en Cataluña. Caparrós ha resuelto su carrera por el camino, siempre abrupto, del periodismo político y, finalmente, de la literatura. Se ha ceñido Caparrós, en esta ocasión, a los hechos tal como sucedieron. Su aportación permitirá clarificar un problema todavía no decidido.

La novelista tejana

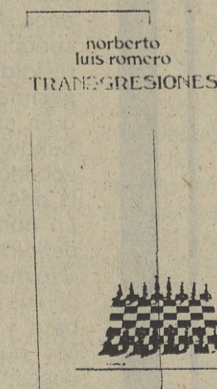
«Rescate por un perro», de Patricia Highsmith. Editorial Anagrama.



Véanla ustedes: nació en Tejas, un estado con fama de peleón, rebelde y reaccionario. Vive en Suiza, donde escribe. No sé si debe decirse que se adhiere a la «novela negra». Lo que sí es cierto es que domina los recursos del género narrativo, por poca matización y profundidad que consiga. Y que la alta crítica mundial la considera una gran novelista. «Decir de un libro de P. H. que es muy bueno es algo así como una tautología...», ha escrito un crítico, al consagrarle un gran elogio al libro que figura en esta sección y que acaba de aparecer en español: «Rescate por un perro». Ya hemos recordado aquí en otra ocasión que el cine hizo mucho en favor de Patricia Highsmith, y en concreto Hitchcock, que llevó a la pantalla «Extraños en un tren». Excelente libro, pues, el de hoy, para lectores despreocupados deseosos de divertirse.

Pasar a través

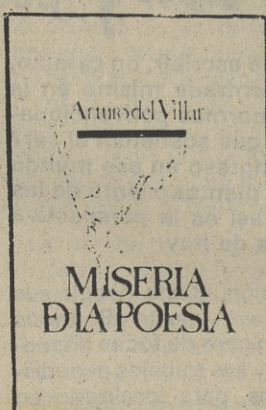
«Transgresiones», de Norberto Luis Romero. Ediciones Noega.



No está bien que los premios, digamos «provincianos» — clasificación injusta, porque todos los premios bien otorgados son universales —, carezcan del debido respaldo en los medios críticos de los centros de mayor publicidad y resonancia, como son los convocados en Madrid y Barcelona. El premio, al que llamó a los escritores de todas partes la editorial asturiana Noega, correspondió el pasado año a este libro, «Transgresiones», firmado por Norberto Luis Romero, un argentino que se inscribe en la llamada «literatura fantástica», al que reconoció su calidad el jurado compuesto por Rafael Conte, Antonio Pereira y Daniel Moyano. La concesión, realmente, se decidió en Madrid en el mes de marzo, en una cena, si se quiere modesta, en la que diversos medios estaban representados.

Según Quevedo, un suicidio

«Miseria de la poesía», de Arturo del Villar. «Los libros de Fausto».



«Diéronle muerte y cárcel las Españas, también a don Francisco de Quevedo», así empieza uno de los poemas de Arturo del Villar. Termina: «porque escribir es un dudoso oficio, pero es más peligroso escribir versos». Pero Del Villar no camina solo en esta nueva andadura. Hace su curso con apoyos muy sólidos, bien como nueva lectura, bien como cita fecunda. Va de la mano de Gerardo Diego (Memoria material, de G. D., con el más en frente o no), de Rimbaud. (De cómo R. descubrió la esencia de la poesía y descubrió el gran amor que la profesaba), de Pablo Neruda. (Hay que llenar de palabras la casa vacía de Neruda), de Antonio Machado. (Apuntes para una biografía emotiva de don Antonio Machado), y también: «La poesía no abandonó a Cavafis», «Lectura de les fleurs du mal», «Vida de poeta: Goethe en Weimar» y, asimismo, «Lectura de las coplas que hizo don Jorge Manrique a la muerte del maestro de Santiago, don Rodrigo Manrique, su padre».

La palabra de Chueca

«Varia neoclásica», de Fernando Chueca Goltia. Edición del Instituto de España.



Fernando Chueca ha sido, durante el período de la transición, un hombre muy polémico no en tanto que arquitecto, sino por su actuación pública. Recordemos su participación con los «liberales» de Camuñas — fue presidente de aquel partido, si mi memoria no falla — y su campaña electoral para obtener, que obtuvo, la presidencia del Ateneo de Madrid, que fue muy contestada por muchos socios y siempre puesta en tela de juicio. Ahora se han producido otras elecciones. Lo que potencia la figura de Chueca son otras artes: la que le es profesionalmente propia, la arquitectura, y otras como la poesía, hacia la que se siente vocado. Este libro que acaba de aparecer nos ofrece, a partir de su discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes, una panorámica sobre el neoclasicismo arquitectónico, las relaciones entre filosofía y arquitectura, un ensayo sobre Goya, sobre el Museo del Prado, etc.

Sin secretos

Un arquitecto humanista da nombre a un premio

José María de Quinto es incombustible. Quinto escribe y trabaja; es autor y ejecutivo, tareas de difícil conjunción. Son muchos, por fortuna, los que cuentan con él en este presente un tanto desconcertante. Son menos los que recuerdan su importante labor en los tiempos, tan comprometedores, como los de los últimos cuarenta y todos los cincuenta: fue él, en efecto, uno de los que potenciaron el GTR, el núcleo universitario que defendió un teatro realista cuando el realismo era un pecado nefando.

● José María anima hoy el premio que convoca Albatros y que lleva el nombre de Antonio Camuñas, tanto en la narración como en la poesía, porque es doble. Antonio Camuñas, ya desaparecido, fue un gran arquitecto «humanista»; así lo subrayó Quinto en el acto de la pasada semana, que, además de empresario, protegía, sin vacilar, los intentos positivos que aparecían en las letras, lo cual no era, ni es, corriente entre nuestros capitalistas, al margen de esa proliferación de «fundaciones», tema en el que no vale la pena entrar, por conocido.

Hubo copa en Albatros y anuncio de concesión. Famosos de la literatura en el local. Los premiados fueron Joaquín Márquez, por «Reconstrucción de la niebla», y Juan José Cuadros, por «Los últimos caminos». Allí estaban los miembros de ambos jurados: Alonso Zamora Vicente, Francisco Ayala, José Manuel Caballero Bonald, José María Guelbenzu y Ricardo Gullón, por el premio narrativo; Luis Rosales, Manuel Carrión, Jo-

sé Hierro, Ramón de Garciasol y Leopoldo de Luis. Nombres indiscutibles.

● Hablamos con Joaquín Márquez del trabajo premiado. Joaquín, escritor aún joven, dice de su obra que «es una historia nocturna de inquisiciones y tormentos, de preguntas sin respuestas». «Una investigación del ultratumba», nada menos. Me lo dice en un momento en que le asedian los curiosos, los amigos y los informadores. Y se irá a toda prisa a tomar el avión para Sevilla, donde vive. Los poemas de Juan José Cuadros son «de amor al paisaje». Cuando los trabajos premiados se publiquen, ya veremos. Se lo digo a Antonio Hernández y a José Manuel Caballero Bonald, amigos de Márquez. Caballero Bonald no comprende el escándalo que ha promovido su encontronazo con Alfonso Grosso. «Yo soy —como tú has asegurado, añade— partidario del sosiego, de la paz entre todos, y Grosso es amigo, pero sucedió lo que sabes.» Se espera en la reunión a Grosso, me anun-

cia Quinto, pero no llega. Tanto uno como el otro son amigos de los grandes. Que reine la convivencia, y «hágase la paz», dice Caballero Bonald.

● Charlo unos minutos con el ex ministro Ignacio Camuñas, que sigue adelante con la causa que ha defendido siempre, la «liberal». La liberal-fetén, diría un castizo. Finalmente, Ignacio se va con dirección al Club Financiero, donde José María Armero presenta un libro suyo. Aquí nos quedamos, un breve tiempo, gentes de letras y amigos de la casa. Veo a Manuel Pilares, y no puedo preguntarle si va a concluir o no su «diario», en el que lleva muchos años. Le digo a alguien que Pepe Esteban se ha convertido —o se ha reconvertido— en editor de poesía. Hablo con Paz Fernández Berchí, esa compañera que ustedes ven en el último ventanal del Café Gijón, transmitiendo para Radiocadena la charla de una tertulia, en la que hoy ha estado José María de Quinto; y a Luque, y a otros periodistas, y a Guelbenzu, novelista que alterna su tarea con la edición. Todo está en orden, contra lo que pareciera, en la sociedad literaria. Ignacio Camuñas, antes de despedirse, confiesa que añora sus tiempos de editor y que con gusto volvería. Y que a lo mejor vuelve. Pues que vuelva. Antes tendrá que entenderse

con Roca y con Garrigues.

● José Luis Martín está preparando una novela. Ya tiene un montón de folios cubiertos. Hay que fomentar la afición a escribir. Sobre todo entre los que saben. José María de Quinto lee el acta respaldado por los miembros del jurado. Ese respaldado está bien; se ha jugado sin trampa ni cartón.

● Me entero de que —hablando de jurados— se ha ampliado el del premio de novela erótica que convoca Tusquets, es decir, Beatriz de Moura, que también escribe y edita. Nombres que se incorporan: ni más ni menos que la guapa e inteligente Charo López —que sabe tanto de literatura como del arte de la escena o el plató— y Juan García Hortelano, que además de su conocimiento de la novela sabe de muchas más cosas: otro buen escritor y hombre bueno a la vez. Entre 48 manuscritos han llegado a la final 16. Leo en la lista los nombres de varios casi-consagrados: Juan Tebar, por ejemplo.

● Escribimos antes de que se resuelva la contienda electoral en el Ate-neo. Bullicio ha habido siempre en estos actos de la calle del Prado, y bullicio hay cuando firmamos. También lo hubo, y fecundo, en los años del desconcerto, el aprendizaje y la tristeza. La biblioteca ateneística sirvió a dos

● José María de Quinto o la evocación del «nefando» realismo

generaciones libros que no se hallaban a la mano de cualquiera, repitiendo un fenómeno que ya se había dado en el pretérito. Que lo diga Manuel Suárez, que rubrica con un Cesara-bea cuentos que le premiaban en los años sesenta. De alguno salió buen cine.

● Cine ha salido, asimismo, de la obra teatral de Fernán-Gómez sobre el destino de las bicicletas. Eran para el verano las bicicletas en aquel tormentoso año nuestro de 1936. El sábado hubo estreno de la película, a lo grande, en la Gran Vía de Madrid, con el ministro Solana y su equipo en el patio de butacas. Se aplaudió mucho al final —comenzó la sesión media hora tarde—, y algunos comentaron que a Fernán-Gómez no le gustaba la versión. Lola Salvador ha trabajado largas horas en el guión y Chávarri ha puesto en el rodaje los cinco sentidos. Ya

ha tenido el estreno con focos a la entrada y para iluminar a los intérpretes al concluir, que saludaron desde la fila primera. Público conocido, gente que se saluda familiarmente o se hace guiños, todos de casa. Pienso que, en general, la película gustó. Si así fue —y aunque no fuera así—, Fernando Fernán-Gómez seguirá escribiendo. Se le mantiene esta fiebre. Mientras tanto, Paco Rabal recibe el homenaje nacional —el premio— y el de su pueblo, una calle. Se le quiere a Paco en Aguilas, en la tierra de las minas. Si tuviera paciencia Paco recogería sus versos nocturnos, escritos sobre una servilleta, entre copa y copa. He leído alguno francamente bueno. Paco pinta, escribe, hace teatro y cine. Admirable vitalidad y admirable diversidad.

EL DISCRETO IMPERTINENTE



En el Retiro madrileño

Obras de Taibo, León Felipe y Bergamín

En el marco de la exposición «El exilio español en Méjico», que el Ministerio de Cultura y el Instituto de Cooperación Iberoamericana vienen realizando en el palacio de Velázquez, del Retiro madrileño, José Monleón, Alonso de Santos y un equipo de profesionales del teatro están dando vida, recobrando la producción dramática que un grupo de autores españoles realizó en ese país americano tras emprender el camino del exilio al final de la guerra civil.

La labor es, ante todo, inédita. Significa dar vida a aquello que la exposición presenta, y es ahí donde se puede encontrar el éxito del trabajo creativo que José Monleón, un hombre de sobra conocido en los ambientes teatrales (director de la revista «Primer Acto», crítico y conocido director de montajes teatrales), con la ayuda del director de escena Alonso de Santos (autor de varias obras y profesor de interpretación en la Escuela de Arte Dramático), ha realizado. Para ello han creado en un apartado de la exposición un pequeño escenario que reúne las condiciones mínimas para representar con dignidad algunas de las obras que escribieron nuestros autores del exilio. En estos momentos, y gracias a la estrecha colaboración establecida entre el autor Paco Ignacio

Taibo —gran conocedor del mundo que rodeó a los autores teatrales y a los poetas desterrados— y Monleón, se representa una obra del primero a modo de «crónica del exilio desde un punto de vista global, sin entrar en los problemas específicos de cada autor, pero recogiendo el sentimiento colectivo de nostalgia y de derrota», según palabras del director, que se titula «Morir del todo».

Esta obra, escrita originariamente para la ocasión, traza un emotivo perfil sobre los sentimientos que inundaban a aquellos españoles que emprendieron en 1939 la huida hacia Méjico, y las relaciones que éstos tuvieron con el nuevo mundo que les rodeó.

Los actores que encarnan los personajes son, también, conocidos: Juan Ribó y Pilar Bayona hacen



José Monleón con su equipo

la interpretación estelar junto a otros como Azucena de la Fuente, Miguel Nieto, Angel Barreda o Arturo Martínez. Tras «Morir del todo» se representará «El juglarón», de León Felipe; «La niña guerrillera», de José Bergamín, y la «Gallina ciega», esta última un montaje teatral de Monleón a partir de textos de Max Aub.

El cometido que se trazó al comienzo de las re-

presentaciones se está cubriendo a los ojos de Monleón: «Se está llenando un vacío en nuestra historia; yo conocí los comienzos del exilio, las largas colas en el paso fronterizo, los colchones y malletas a cuestras de los hombres y mujeres...; para mí es, pues, un tema cercano, y creo que para la gente joven también debe serlo. Tienen que ser conscientes de que esto es algo suyo, algo que les

falta. Como si les hubiesen enseñado las estaciones sin hablarles del invierno. Y el exilio y América es una estación que nos han quitado. Y hay que recuperarla. Yo sé que éste no es un tema fundamental, pero creo que recuperar fenómenos como éste es lo que te hace estar en paz contigo mismo.»

«El teatro en la exposición», que es como se llama este apartado sobre

el exilio en Méjico, viajará también a las provincias españolas. Irán las funciones, las conferencias, lecturas representadas. Quieren llevar los productos de los autores, pero también hacer que a éstos se les conozca, que se comprenda por qué un día escribieron esas obras.

Hasta el momento, y a pesar de algunas deficiencias, Monleón está satisfecho de la experiencia. «Fallan algunas cosas, pero es comprensible, teniendo en cuenta que es la primera vez que la Dirección General de Archivos y Bellas Artes emprende algo como esto, fuera de lo cotidiano en una exposición. Incluso creo que las representaciones abren la curiosidad del espectador sobre el tema y miran más profundamente el resto del contenido de la exposición.»

Efectivamente, como hemos dicho, la iniciativa es innovadora en el terreno de los «actos culturales»; es, asimismo, un nuevo vehículo, esta vez desde el teatro, para conocer nuestra historia con todos sus silencios.

Rafael García

Gil Albert, objeto de su literatura

Es infrecuente en España escribir prosa. Quiero decir que nuestro país ha dado buenos poetas, y, cómo no, buenos narradores, novelistas: Galdós, Baroja, Cela, Delibes, etc..., pero la tradición prosística, así, pura, incontaminada, ha sido, cuanto menos, ignorada normalmente por nuestros escritores. Y justo el caso de Juan Gil-Albert nos revela lo infecundo que en esa parcela ha sido el panorama literario español castellano. En el caso de Gil-Albert se unen dos cosas: poesía y prosa. Sólo que en él la prosa es anterior a la poesía. Téngase en cuenta que las primeras prosas gilalbertianas tienen lugar en los años treinta y los primeros escauceos poéticos (publicados en la imprenta de Manuel Altolaguirre) en/hacia 1936 (hablo de «Misteriosa presencia»). Así, pues, este dominio inicial de la prosa en la literatura de Gil-Albert será, en cierto modo, determinante de todo su posterior quehacer poético. En la publicación de sus Obras completas por la Diputación de Valencia le llega el turno, ahora, al tomo VI de prosa compuesto por «Razonamiento inagotable con una carta final» y «Mesa revuelta», publicados con anterioridad, el primero en Caballo Griego para la Poesía, precisamente por Maya Altolaguirre, en 1979, y el

segundo por Fernando Torres, editor, en 1975. La prosa de Juan Gil-Albert tiene algo que ver, mucho con el ensayismo francés de corte y cuño clásico. Que tenga que ver no quiere decir, en lo absoluto, que sea asimilable o comparable a él, sino que en su prosificar Juan Gil-Albert ha desarrollado un propósito estético-moral parecido, por ejemplo, a Montaigne o la Boétie. Montaigne decía al comienzo de los «Essais» que «yo soy el objeto de mi libro», pues bien, en Gil-Albert ocurre exactamente igual. Gil-Albert ha sido siempre para sí mismo el objeto último de su literatura, pero también, al ser lo más próximo, el elemento primero que su estética ha querido testimoniar, ampliar, contar o construir. Esto nada tiene que ver con una actitud narcisista, aunque haya o no parte de ella, no. El problema es que el mundo acontece siempre en singular, como patrimonio inescrutable de una historia viva y concisa: la de uno mismo. No es que mi mundo sea el mundo, no, pero obviamente es el único relevante para mí mismo, es el único lugar privilegiado desde el cual puedo comunicarme y comunicar a otros mi experiencia inteligible o sensitiva acerca de la realidad. El yo y su alre-

dedor histórico, familiar o generacional, se constituye en Gil-Albert lugar de encuentro de todos los crisoles que, al converger en él, dan a ese punto categoría universal. La literatura gilalbertiana es eso: un razonamiento inagotable, un darse y producirse lentamente como si de el agua una fuente se tratase, un plegarse a las necesidades y experiencias privadas de su conciencia.

Esto no quiere, ni con mucho, decir que Juan Gil-Albert se haya dedicado a la autobiografía. No. La imaginación y la ficción literarias tienen un papel importantísimo en su producción estética en lo tocante a la prosa. Así, por ejemplo, al final del «Razonamiento» escribe: «Lo que se expresa en este texto sobre pintura toma su inspiración de lo que un clarividente artista actual ha sabido revelarnos a su modo y como nadie; pero sólo, en cuanto a mí, como punto de partida; por lo demás entre mi personaje y el pintor en cuestión. El resto de los actuantes, aunque tomados de una realidad hipotética y significativa en sus caracteres, resultaría inútil el ir a buscarlos en ningún rincón. Son puras creaciones caracteriológicas, por supuesto con rasgos extraídos de la sutil contemplación de lo vivien-

te por el que escribe. Tampoco el que habla es el que parece. Posse algunos de mis rasgos, pero ¿soy yo? Absolutamente, no.» Es por ellos por lo que en Gil-Albert, en su prosa, ha podido siempre más la historia que la novela. Juan ha querido encontrarse con el mundo, en toda su crudeza, esto es: con la historia de sus personajes. El mundo es tan sólo la vida de los hombres, el transcurrir de sus experiencias y de sus soledades. Razonar inagotablemente en medio de una mesa revuelta de sugerencias y exquisiteces estéticas ha sido todo el proyecto gilalbertiano. El lector tiene en este volumen, así como en los restantes de su obra completa, la posibilidad de comprobarlo por sí mismo. Juan Gil-Albert es quizá el único prosista español vivo. El único escritor, hoy, que ha sabido construir el mundo como crisol y proyección del suyo. Su singularidad nos transmite la universalidad de la experiencia vivida, eso que Machado llamó: «Los universales del sentimiento»; apostillemos nosotros también del razonamiento.

JOAQUIN CALOMARDE

NOTA: Gil-Albert, J. «Obra completa en prosa». Tomo VI. Institución Alfonso el Magnánimo. Diputación de Valencia, 1984.



Autorretrato

● Pero no es narcisista su actitud

Por eso la muerte de cualquiera nos impresiona, porque se ha convertido en un destino abstracto en un acontecer personal: cada cual vive su vida y su muerte: su historia. Día llega en el que no importa el tiempo, años, siglos, alguien pasa por esta vereda en el momento en que un jardinero del Ayuntamiento está talando por su base este plátano que me sirve hoy de dosel y que, en años anteriores, treinta, cincuenta, otro jardinero, hoy manumitido, o inexistente, plantó. Ni los paseantes ni los gorriones de entonces viven ya. Desde que un domingo nos trajeron a los colegiales, formados en ternas y uniformados con pañete azul y galones de oro, a la vez parteros y aburridos, y se abrió un balcón alto, sobre un mirador, con barandal curvo, de hierro historiado, y salieron a él unas muchachas finas, en ramillete, la menor de tirabuzones, tratando de descubrir entre nuestras filas al suyo, y los chicos, recorridos por una onda de prematura concupiscencia, entre fingida y anhelada, se repitieron: ¡Las hermanas de Barreda, las hermanas de Barreda!, el cual enrojeció, mientras ellas le sonreían, exclusivamente a él, entre sus rizos y con blusas de linón y sin levantar la mano, que no se usaba entonces, han pasado acontecimientos y mutaciones. Tiempo inmemorial. Las Barreda, ausentes del balcón. Nuestro mismo compañero, ¿para qué remover sus cenizas? Pero aquel momento, he aquí, atrapado por mi memoria intacta, con su luz, su ilusión, su sortilegio, como los chicos descubren, en la intersección feliz de dos ramas, un nido. Más vivo en mí que en los que fueron sus creadores inconscientes, más permanente, al menos, Ociosidad, me digo. Ser ocioso ¿no será más bien el atributo de una laboriosidad genuina? Unos trajinan, otros conservan; es decir, eternizan. Se es como un broche que reúne y fija, con un centelleo de joyel, el discurrir del tiempo; con todo lo que el tiempo contiene, la humana grey, los árboles, las mesas, los tranvías, el perro perdido que pasa, y sin lo que, con todo su proceder inasible, y al parecer omnipotente, no sería nada, o más propiamente, no sería nada, no tendría nada que hacer. «In solis sis tibi turba locis», nos recomienda Tibullo. Y yo lo cumplí: hice mío, en mi soledad, el mundo.

E. G. R.

J. G. A.

«PRIAPEAS»

(Viene de la página 1.º)

investigación poética de Figuero

existente y haga presentes significaciones ocultas o desconocidas. Desde Heidegger, indagando desde su pensamiento lo que se esconde, hasta André Breton y los suyos comprometidos en la búsqueda interminable de lo perdido en el inconsciente, poetas y filósofos investigan en la oscuridad, quieren adivinar signos en las formas imprecisas de la noche.

Esta búsqueda no conoce fronteras. Porque no las reconoce. Una larga tradición impone barreras que prohíben llegar a los secretos. El poeta, el filósofo se vuelven libremente culpables, cruzan los límites y asumen la responsabilidad de lo descubierto en esta aventura. «Priapeas», colección de poemas de Javier Figue-

ro, constituye un modelo de este recorrido a través de regiones mal exploradas. De la mano de Eros se abre la puerta de ese mundo —«Mundo de noches, bosques de noches, huéspedes astrales...»— o de la mano de Safo «La piel es geografía que en océano/a deriva flotan los sentidos/la palabra se inventa como el humo», para ir «Hacia el volver a verse en cualquier siglo», título este de uno de los poemas reunidos.

El curso de la investigación no desdeña lo «antiguo», los elementos ya aportados para esclarecer la vida. Por el contrario, los incorpora el poeta para redoblar sus fuerzas. Si se trata de cambiar la vida, como quería Rim-

baud —y más tarde los surrealistas—, ¿por qué hay que despreciar la andadura cumplida? En el poema «De arriba abajo», hasta la ortografía se revoluciona como en algunas vanguardias. Y tanto en la apertura del libro como en la segunda parte, que lleva su nombre, y en las dos siguientes, hay resonancias del modernismo en la valoración del sonido de las palabras y hasta en sus evocaciones —«Leda», «Renifleurismo»—. Se crean, sartrianamente, situaciones sobre las que luego se indaga hasta alcanzar su mismo fondo. Y se penetra en las profundidades sin ningún temor.

Esta aventura de la palabra se potencia en «Priapeas» con el uso de la ironía —hermosa can-

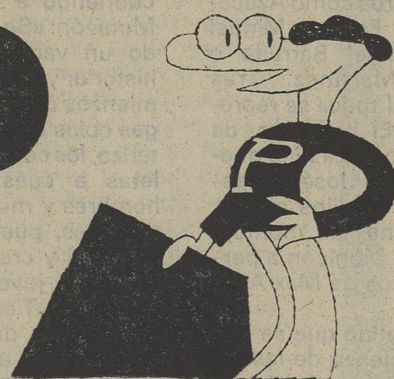
ción de paz, en este sentido, «Que tu puerta cerrada»— con gran riqueza de lenguaje en el matiz o en la forma total, como en «Lupanar» y en «Strip-tease» o en «Adagio».

He aquí, pues, el resultado de una tarea que persigue, como señalábamos, el desvelamiento de regiones no holladas, y que revaloriza la palabra en su recorrido liberador. Al apoyarse en la ironía, el poeta extrema el rigor de la operación. Al servirse de la experiencia, la vivifica, y al respaldarse en los que la intentaron primero, le infunde autenticidad y la fortalece. Y el universo de las convenciones se disipa. Por el poema llega la libertad como un don de los dioses.

E. G. R.

PUEBLO

Cada día, un suplemento



Mañana, miércoles...



TOROS

Coordinado por Manuel F. MOLES